

aliento en el patíbulo de la Cruz. ¡Qué amor tan extraordinario el vuestro! ¡qué ingratitud tan inicua la nuestra!

Lo repetiré, mis hermanos: no hay mas que dos caminos para entrar en la posesion de esa gloria que Jesucristo nos conquistó con su Cruz, la inocencia ó la penitencia. ¿Podeis gloriaros de conservar la inocencia que adquiristeis en el bautismo? ¿Conservais aquella gracia que os elevó á la dignidad de hijos de Dios? ¡Ah! vuestros gemidos me estan diciendo que perdisteis estado tan feliz y envidiable. Manchásteis vuestra blanca estola: lavadla, pues, por una fructuosa penitencia. Jesucristo ha hecho por nosotros cuanto podia por salvarnos: nos ha reconciliado con su Eterno Padre, clavando en su Cruz la escritura de nuestra maldicion.

Acudamos, pues, á esa afligida Reina de los Mártires, y si queremos que sea para nosotros fructuosa la sangre del Calvario, supliquemos á María, y supliquémosla por sus profundos dolores, que nos alcance de su Divino Hijo gracias de conversion, que haciéndonos llorar nuestros pecados y practicar penitencia por ellos, miremos con atencion cristiana el negocio interesante de nuestra salvacion, para que un dia tengamos la inestimable dicha de ser participantes de la triunfante Iglesia, que es la gloria. Amen.

SERMON

SOBRE EL

SÉTIMO DOLOR DE MARÍA SANTÍSIMA.

Entierro de Jesucristo y soledad de su Madre.

Et accepto corpore, Joseph involvit illud in sindone munda. Et possuit illud in monumento.

Y tomando José el cuerpo le envolvió en una sábana limpia, y le puso en un sepulcro.

Math. cap. XXVII, v. 59 y 60.

Murió el Salvador amorosísimo de la humanidad, y su sagrado cadáver va á ser enterrado en un sepulcro. El padre san Anselmo hablando sobre este último dolor de la Santísima Virgen, queda suspendido y confiesa que no encuentra palabras con que explicarse. ¿Qué, pues, diré yo que estoy á gran distancia de la virtud y ciencia de este Padre? En un asunto en el que guardan silencio los Evangelistas, y que se hace imposible de explicar á las grandes lumbreras de la Iglesia, ¿qué explicacion podrá dar el mas indigno y menos apto de los oradores evangélicos? Nuestro dolor y nuestras lágrimas deben ser hoy el lenguaje

de nuestro corazon. Si hasta aquí hemos mostrado nuestra compasion á la Santísima Virgen por los grandes dolores y profundas penas que han venido siendo el objeto de nuestras meditaciones en los seis dias anteriores, hoy debemos redoblar nuestros afectos, para contemplarla en el para ella dolorosísimo acto en que Jesus es sepultado, quedando en la mas triste, en la mas lamentable soledad. ¡Ah! dolor sobre todo dolor para tan amante Madre el quedar privada de la vista del Hijo que era el tierno objeto de su amor y sus caricias!

No me parecen tan crueles los anteriores dolores como el presente, por las circunstancias que le acompañan. Verdad es que el vaticinio de Simeon fué una agudísima espada de dolor que atravesó su alma; que las espresiones de aquel venerable anciano derramaron sobre el corazon de María torrentes de amargura: que desde aquel instante no hubo para esta Señora momento de alegría, por tener siempre presente el sacrificio de su Hijo; pero al fin le veía, le estrechaba entre sus brazos, y tenía la gloria de verle, de hablarle y de servirle. Si por librar al tierno Infante de la espada del cruel Herodes, tiene que salir precipitadamente para Egipto, siente, padece de un modo indecible no por sus trabajos sino por los de su Divino Hijo; pero al cabo le conduce entre sus brazos y le cuida con la mayor asiduidad y esmero. Doce años de edad contaba el Divino Nazareno cuando su Madre hubo de atravesar tres dias luctuosos, tres dias de espesas tinieblas, pues que se vió privada del Sol hermoso que era quien daba vida á su alma: fuera de sí esta Madre del Amor hermoso, corre presurosa por todas partes buscando al amado de su corazon: su dolor es inespli-

cible, y aunque piensa si el Niño se habrá ausentado, por no ser ella digna de poseer tal tesoro, confia en medio de su dolor en la divina Providencia, y espera encontrarle como sucedió en efecto. Ella le habia perdido pero no le habia visto morir en manos de sus enemigos. Si llegada que fué la hora marcada en el reló de la eternidad para que se efectuara la pasion del Hijo de Dios, María tiene el incomparable desconsuelo de verle en el camino del Calvario agonizante bajo el peso de la Cruz, exánime y casi sin vida, su dolor es vehementísimo; pero hácese paso por medio de las turbas, llega á él, le abraza y le dirige sus tiernos, sus maternales afectos: no puede aliviarse pero le acompaña al monte de los tormentos, y heroica y llena de valor, conforme con los designios de Dios, presencia el sacrificio de su Divino Hijo. ¡Oh mujer heroica! ¡oh mujer sin par! ¡oh madre la mas amante y la mas dolorida de todas las madres! ¡Cuán grandes fueron los tormentos de vuestro corazon!

Grandes fueron y extraordinarios en verdad todos los dolores que hubo de sufrir esta Reina de los mártires; pero cuando veo que entrega el cadáver de su Divino Hijo para que le coloquen en la sepultura, y considero la amarga soledad en que se encuentra, creo que este dolor fué el mas agudo para su corazon, porque queda privada de la vista de su Hijo.

Ved aquí el último de los dolores de la Santísima Virgen, á que debemos aplicar nuestra atencion en esta tarde. Su soledad nos hará comprender cuán terrible sea la soledad en que la dejan los cristianos, cuando abandonando á Jesucristo se entregan á Belial. La gracia que necesito para el desempeño de mi oracion viene de Dios: el conseguirla es bien fácil,

si María intercede en nuestro favor. Para que así se digne hacerlo, saludémosla con el mayor afecto de nuestros corazones. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

Hay en verdad ciertas escenas cuya descripción se resiste á la pluma mas bien cortada: acontecimientos indefinibles á la imaginación mas línce y perspicaz, y á la mas elevada elocuencia. Tal es el asunto que en esta tarde forma el objeto de nuestras meditaciones. Dirigid vuestra consideración al monte del llanto y del dolor: fijad vuestras miradas en el Gólgota. ¿Qué es lo que allí se nos presenta? ¿Qué objetos son los que se ponen delante de nuestra vista? ¡Una cruz... una mujer, un yerto cadáver á quien aquella mujer estrecha contra su pecho, y en cuyas frias mejillas imprime ósculos amorosos! Dos entristecidos varones parece que esperan recibir órdenes. La mujer llora amargamente, y en su llanto le acompañan aquellos que habian descendido de la Cruz aquel cadáver del hombre que habia sido sacrificado por el implacable ódio de sus crueles enemigos. La naturaleza se ha estremecido mostrando su sentimiento... reina un sepulcral silencio, interrumpido tan solamente por los tristes ayes y lamentos de aquella desconsolada y angustiadísimá Señora.

¡Ah! ¿Quién es esa heroína sin igual que así permanece en el Calvario? Esa mujer, mas valerosa que Débora, intrépida mas que Judith, que escede en her-

mosura á Esther y en prudencia á Abigail, y mas llena de aflicción que Raquel y Respha; es aquella criatura feliz y bienaventurada elegida para los mas altos fines de la Providencia... Esa mujer es Vírgen, pero es Madre... y su Hijo es el que hecho cadáver se halla sobre su regazo. ¡Qué escena tan terrible! ¡Qué cuadro tan afflictivo!... ¡Quién será capaz de describirlo con vivos colores!... María baña con sus lágrimas el inanimado rostro de su Hijo, pero en medio de tan dilatado mar de penas y aflicciones, parece que le presta algun consuelo el tenerle entre sus brazos: triste consuelo que vá á tener término bien pronto, pues Jesus vá á ser encerrado en el sepulcro, y ella debe quedar en la mas triste y lamentable soledad.

En efecto: José y Nicodemus piden licencia á la Santísima Vírgen para dar sepultura al sagrado cadáver, y María que siente un nuevo y agudísimo dolor por tener que entregarle, confórmase con la voluntad de Dios, y otorga el consentimiento á los piadosos varones. Antes de desasirse de aquella prenda tan cara para su corazón, no podria menos de esclamar: ¡Ay Hijo de mi alma! ¿Por qué así abandonas á tu afligida Madre? ¿Por qué no seré yo contigo encerrada en el sepulcro? ¡Ah! ¡Con cuánto placer te acompañaria! ¿Cómo podré vivir en la triste y amarga soledad en que voy á quedar? ¿Qué haré sin tí, que eres mi vida? ¿Quién podrá darme consuelo? Muchos hijos adoptivos me dejas, ¿pero quién podrá ocupar tu lugar en mi corazón? Estas y otras semejantes, y tan tristes expresiones dirigiria la angustiadísimá Señora á aquel Hijo de quien iba á separarse. ¡En cuánta amargura reboaria su maternal corazón! ¿A quién te compararé y á quién te asemejaré, hija de Jerusalem? ¿Quién te dará

consuelo, oh Virgen hija de Sion? Grande es como el mar tu quebranto. ¿Quién te remediará (1)?

Colocado el sagrado cadáver de Jesus en el féretro, se puso en marcha la mas lúgubre y lastimosa procesion que jamás vieron los siglos. Conducian al Salvador san Juan, José de Arimathea, Nicodemus y el Centurion, multitud de ángeles, visibles solamente para María, hacia el fúnebre cortejo, y la afligida Madre iba tras el sagrado tesoro: todos lloraban inconsolables, de manera que bañaban la tierra con sus lágrimas, como dice el Justiniano. Mientras mas se acercaba al sepulcro, mas crecia el martirio de su corazon, por tenerse que separar de su amada prenda. Así es que camina lentamente en el mayor abatimiento, y casi exánime y sin vida. ¡Qué escena tan triste! ¡Qué espectáculo tan desgarrador! ¿Y no habrá quien consuele á esta triste y afligida Madre? ¿No habrá quien enjague sus lágrimas? Ahora es, Virgen purísima, cuando podeis esclamar con Jeremías: «Oyeron mis gemidos, y no hay quien me consuele.»

Por fin, la fúnebrecomitiva llegó al sepulcro donde fué colocado el sagrado cadáver: iba á ser cubierto con la losa, pero María, cuyo corazon hállase oprimido, quiere despedirse de su Hijo, y así abrázase á él de nuevo. ¡Cuáles serian en este momento los afectos de su corazon. ¡Adios, le diria, con palabras entrecortadas por los sollozos y suspiros: adios Hijo de mi vida, luz de mis ojos, prenda amada de mi corazon! ¡Por qué así me dejas en el mundo, y no soy contigo encerrada en el sepulcro!... En el corazon de tu Ma-

(1) ¿Cui comparabo te? vel ¿cui assimilabo te, filia Jerusalem? ¿cui exaquare te, et consolabor te virgo, filia Sion? Magna est enim velut mare conritio tua: ¿quis medebitur tui? Thr. cap. II, v. 13.

dre existirá siempre el recuerdo de los tormentos que te han afligido! Quisiera, en verdad, acompañarte, pero has dispuesto que sufra yo el nuevo martirio de la soledad, y me conformo, porque aunque soy tu Madre no por eso dejo de ser tu esclava! ¡Ah! Y los ángeles del cielo que asistian á este acto, y los piadosos varones, y las demás personas que componian el fúnebre cortejo, no podian menos de admirar la virtud y el heroismo de esta mujer sin igual. Todos llorarian con la mayor amargura al escuchar tan triste y dolorosa despedida.

Y adoró María á su Hijo, y lo mismo hicieron los ángeles y cuantos estaban presentes, y la pesada losa cayó sobre el sepulcro del Hijo y sobre el corazon de la Madre. ¡Ah! momento terrible para aquella Señora, que no puede menos de esclamar: «Ahora es cuando las aguas han inundado mi cabeza: he perecido (1)!» ¿Qué haré ahora sin el Hijo de mis entrañas? ¿Dónde iré que encuentre consuelo? ¡Ah, que faltame la vida faltándome mi Jesus! Sola y afligida retirose María del sepulcro, pero dejando allí su corazon, porque allí queda su tesoro (2). Su amarga soledad no podia encontrar consuelo en los discípulos que la acompañaran. San Bernardo se detiene en la contemplacion de lo que padeceria la Señora en aquella triste noche, y dice que los mismos discípulos al verla en tanto desconsuelo, lloraban amargamente mas que por la muerte del Hijo, por este nuevo dolor de la Madre.

Asi es, cristianos; ha quedado como viuda la Se-

(1) Inundaverunt aquæ super caput meum, dixi; perii. Tr. cap. III, v. 54.

(2) Ubi enim est thesaurus tuus, ibi est cor tuum. Math. eap. VI, v. 21.

ñora de las naciones : la princesa de las provincias ha sido hecha tributaria (1) ; la que por espacio de treinta y tres años ha sido compañera inseparable del amabilísimo Jesus , ha quedado en la mas triste y lamentable soledad. ¡Noche espantosa : en ella llora hilo á hilo ; sus lágrimas surcan sus mejillas , y no hay quien la consuele entre todos sus amados (2) ! En el rostro de la Santísima Virgen retratábase el martirio de su corazón ; sus pasos al caminar del sepulcro al Cenáculo eran vacilantes ; faltábale el aliento , y volvíase á cada momento para mirar el lugar donde quedaba su Hijo , para conseguir algun alivio en su soledad , dice San Buenaventura. Pasa por el lugar de la crucifixion : la vista del santo leño es otra saeta punzadora que le hiere en medio de su corazón ; ella le aviva el recuerdo de los ultrajes , de las blasfemias de los tormentos de su Benjamin amado. ¡Cómo una criatura puede navegar en el proceloso mar de tantos dolores ! ¡Cómo una mujer puede resistir tan fieros golpes de la mas afilada cuchilla ! Esta mujer varonil , cuyos dolores son inesplicables , esta valerosa heroina que tanta parte tomó en la obra de nuestra reparacion , hubiese muerto mil veces á la violencia de sus dolores , si no hubiera sido confortada por el Espíritu Santo.

Contempladla , cristianos , y ved como presenta el espectáculo mas triste y afflictivo , á cuya vista no pueden menos de derramar lágrimas hasta los mismos que habian tenido parte en la muerte de Jesus , como afirma San Bernardo (3). ¿Y seremos nosotros mas in-

(1) Facta est quasi vidua domina gentium ; princeps provinciarum facta est sub tributo. Thr. cap. I, v. 1.

(2) Plorans ploravit in nocte et lacrymæ ejus in maxillis ejus : non est qui consoletur eam ex omnibus charis ejus. Ibid. v. 2.

(3) S. Bern. De lam. Virg.

sensibles? ¿No tendremos una lágrima que ofrecer á esta nuestra dolorosa Madre? Llorad y lloremos todos al ver la afliccion y pena de esta Reina Soberana. ¡Cuán felices seriamos si la memoria de sus dolores no se apartasen jamás de nosotros ! Este recuerdo nos seria suficiente para no apartarnos del camino de la salvacion ; seria una medicina que nos apartaria del pecado , y nos tendria siempre unidos á su Divino Hijo. ¡Cuán grandes serian en este caso nuestros triunfos ! ¡Cuán inestimable nuestra dicha !

Empero consideremos á María que ya está de vuelta en el Cenáculo. Allí alejada de su Hijo , ¿qué ideas cruzarian su claro entendimiento? La pérdida que acaba de experimentar es de tal magnitud , que no hay pérdida alguna que con ella pueda compararse : sola y entregada á sus pensamientos , derrama un torrente de lágrimas : su vista en vano fluctúa de uno en otro lado , porque no existe allí el único objeto que su pena pudiera mitigar. Ella le ha dejado en el sepulcro , pero no obstante le llama : su nombre lo tenia grabado en su corazón. Jesus pronunciaban sus trémulos labios : Jesus , Hijo mio amadísimo , ¿dónde estás? ¿Por qué no vienes á los brazos de tu Madre? ¡Qué tiempo tan feliz aquellos nueve meses que te tuve en mis entrañas ! ¡Qué dias tan hermosos aquellos en que te alimentaba con mis pechos ! ¡Qué gloria tan grande para tu Madre cuando empleaba sus mejores horas en cuidarte ! Verdad es que durante tu vida he pasado sinsabores , que mis dias han sido amargos , porque siempre tuve presente aquel triste vaticinio del Templo que ya ha venido á tener cumplimiento , pero al fin disfrutaba de tu vista , y tu presencia era para mí un bálsamo de consuelo , un alivio para mis penas : tu